

LA PERSONA COMO FUENTE DE AUTENTICIDAD DE LAS ACCIONES MORALES

RICARDO YEPES STORK

INTRODUCCIÓN

La palabra *autenticidad* tiene en el lenguaje ordinario un significado hueco. En apariencia no quiere decir nada, pero pretende decirlo todo; es algo así como un talismán que justifica cualquier actuación, aunque sea inmoral o estúpida, y le ahorra a su autor la necesidad de dar razones de ella. La autenticidad sería en tal caso una espontaneidad zafia, brutal y despreciativa. Por esta razón algunos la consideran un tópico, una palabra prostituida. Es indudable que existe el riesgo de incurrir en este uso peyorativo del término. Sin embargo, la autenticidad puede y debe ser tomada en serio en cuanto tiene que ver con algo tan importante como la felicidad.

Auténtico, en sentido genuino, significa *verdadero*, y denota la correspondencia entre el fenómeno que aparece y el fondo del que surge: el fenómeno es «fundado», asistido, por el fondo que en él se expresa y manifiesta. Auténtico es aquello que «es lo que parece», lo que no encubre su verdadero ser en una envoltura que lo disimula y falsea. Esto puede aplicarse en primer lugar a los entes no humanos. «Se dice de algo que es auténtico cuando se establece sin lugar a dudas su identidad»¹. La autenticidad es identidad reconocible en la variedad, en la diferencia, en la semejanza².

En el caso del hombre la noción de autenticidad es mucho más compleja, y para entenderla en toda su amplitud es preciso tener en cuenta la estructura del ser y del existir de la persona. Este es uno de los legados del existencialismo, al que debemos amplias reflexiones sobre la autenticidad en sentido ontológico³. Si lo auténtico es lo verdadero, ¿qué es verdadero en el ser humano? Lo que es propio del

1. J. FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, Alianza, Madrid 1979, I, 253.

2. A. RIGOBELLO, *Autenticità nella differenza*, Studium, Roma 1989, 26.

3. M. HEIDEGGER, *Ser y tiempo*, FCE, Madrid 1991, trad. I. Gaos, &25 y 26; J.P. SARTRE, *Cahiers pour une morale*, Paris 1983.

hombre. Si respondiéramos de nuevo a la pregunta, ¿y qué es lo propio del hombre? desde un punto de vista general, la noción de autenticidad tendría poco interés, puesto que quedaría subsumida en la discusión general acerca de la naturaleza humana, es decir, aquello que en abstracto es propio de cualquier hombre.

La noción de autenticidad se torna interesante en la medida en que se sitúa en el escenario de la libertad, y concretamente de la biografía personal, que es, por decirlo así, la obra de esa libertad, el *ergon* propio del hombre, como diría Aristóteles, no en abstracto, sino singularmente, como despliegue irrepetible del núcleo irrepetible que somos cada uno.

La autenticidad es una de las formulaciones de la relación vida-conciencia, que siempre define la realidad humana. En clave positiva, la existencia auténtica es la conciencia y posesión intencional de la realidad de la propia vida, y de su destino; vida vivida en vigilia y plena conciencia de lo que uno es y de su término. En clave negativa, la existencia inauténtica son aquellas formas de vivir la propia vida en las cuales no comparece el verdadero carácter, sentido o estructura de ésta: son sueño e irrealdad. La alienación (Hegel, Marx), la existencia estética (Kierkegaard), o la caída (Heidegger) son formulaciones filosóficas de formas de vida en las que el hombre se «extraña» de sí mismo en lo otro, en la obra de sus manos, en una diversión que le oculta su propio fondo o en un ignorar la posibilidad más propiamente auténtica de su existir.

En realidad, desde esta amplia perspectiva, toda forma de evadir el oráculo de Delfos, «conócete a ti mismo»⁴, toda ignorancia de sí, es una forma de existencia inauténtica. Nuestro propósito no es aquí examinar el autoconocimiento como forma primera de autenticidad e identidad personal, sino más bien tener en cuenta la contribución que a ellas hace la libertad, y adoptar para ello un punto de vista biográfico, según el cual la realización y determinación de la propia vida es asunto de cada persona. Desde esta perspectiva, la autenticidad sería biográfica y estaría ligada al desarrollo de la vida, *única*, singular e intransferible, *personal*.

La identidad humana no está dada desde el principio, pues la persona puede llegar a ser lo que realmente es, o puede no llegar. La existencia auténtica es aquella que se vive con conciencia del propio origen y de la propia destinación o término, y en la que se sabe *cómo se llega a ser lo que se es*, por usar la expresión de Nietzsche. La existencia inauténtica es la vida banal, no consciente de la propia identidad, vo-

4. PLATÓN, *Cármides*, 164d.

cación ni destino, y en ella se pierde uno a sí mismo. Por tanto, la autenticidad y la identidad humanas no están dadas *a priori*. Exigen un despliegue, un mantenimiento y un logro final. Cabe así una consideración ontológica de la autenticidad humana. Incluso puede decirse que tal consideración no es prescindible. Autenticidad e identidad, en el plano dinámico de la realización de la libertad, no pueden darse separadas. La autenticidad es la manifestación y presencia de la propia identidad en los diversos tramos y momentos de la vida que se va viviendo: identidad en la diferencia.

En el hombre lo biográfico es ontológico, puesto que el hombre crece o decrece mientras vive, es «el ser capaz de crecimiento irrestricto» (L. Polo). La autenticidad ayuda a ser feliz realizando y viviendo *una vida que es la propia*, y que ha de ser vivida del modo en que sólo a uno corresponde. Donde realmente aparece el valor de la autenticidad humana es en la perspectiva biográfica, una de las más conformes con lo que la libertad y la realidad humanas son: el despliegue vital de la persona.

LA IDENTIDAD COMO RECONOCIMIENTO

El requisito para poseer una identidad propia es el reconocimiento de ella, la «identificación», tanto por parte de uno mismo como de los demás. Sólo en tanto sé quién soy puedo saber quién puedo llegar a ser. La persona humana no puede vivir una existencia auténtica sin el reconocimiento de esa su identidad. Charles Taylor ha mostrado de modo suficiente de qué modo este reconocimiento tiene carácter dialógico, es decir, procede de los demás antes que de uno mismo. «Nuestra identidad es en parte conformada por el reconocimiento o por la ausencia de él, y con frecuencia también por un reconocimiento equivocado por parte de los otros. Una persona o un grupo de gente pueden sufrir un daño real, una verdadera distorsión, si la sociedad que les rodea les devuelve una imagen de sí mismos estrecha, disminuida o despreciable»⁵.

La falta de reconocimiento de los otros, una vez interiorizada como inferioridad e imagen despreciativa de uno mismo, se convierte en falta de autenticidad, y por tanto en incapacidad de actuar según lo que uno verdaderamente es: es una de las peores formas de opresión. La baja autoestima es una forma de inautenticidad, y genera falta de magnanimidad y atrevimiento para ser lo que real y socialmente

5. Ch. TAYLOR, *Philosophical Arguments*, Harvard University Press, Cambridge 1995, 225.

se puede y se tiene derecho a ser. «En la cultura de la autenticidad, las relaciones con los demás son la clave del descubrimiento de uno mismo y de la autoafirmación»⁶, puesto que la identidad propia depende hoy más que nunca de un proyecto común en el cual los otros puedan reconocermé auténticamente, y en el cual yo alcanzo mi realización.

Decir por qué esto es así exige narrar la historia del *ideal moderno de la autenticidad*. Es la tarea emprendida por Taylor, a quien nos remitimos⁷, cuando dice que los europeos modernos han ido convenciéndose de que «cada uno de nosotros tiene una forma original de ser humano»⁸, pues «existe cierta forma de ser humano que constituye *mi* propia forma. Estoy destinado a vivir mi vida de esta forma, y no a imitación de la de ningún otro. Con ello se concede nueva importancia al hecho de ser fiel a uno mismo. Si no lo soy, pierdo de vista la clave de mi vida, y lo que significa ser humano para mí»⁹. Esto es en esencia lo que John Stuart Mill expone en su célebre ensayo *On liberty*.

Taylor suele continuar su historia mostrando cómo este ideal moderno de la autenticidad ha sufrido un doble deslizamiento hacia un subjetivismo que le ha hecho perder buena parte de su valor. Por un lado, el individualismo ha olvidado teórica y prácticamente la condición dialógica de la persona humana y las implicaciones de ésta. Por otro, se ha producido una «negación de todos los horizontes de significación»¹⁰, una «deconstrucción» de los valores, que no es otra cosa que nihilismo. Además, podemos añadir nosotros, en ambos casos se desatiende una dimensión de la libertad mucho más importante que la simple elección, tan exaltada por el individualismo: la articulación biográfica de mi vida en tareas e ideales verdaderamente significativos para mí y para los otros. Este es el enfoque, como ya se ha dicho, que aquí queremos mantener. En el fondo, se trata de ampliar las propuestas de Taylor¹¹.

LA AUTENTICIDAD COMO REFRENDO PERSONAL DE LA ACCIÓN

Auténtico es lo que mana de la persona y es asistido por ella en su manar. «es siempre personal aquello en que se pone el núcleo origina-

6. *Id.*, 232.

7. Cfr. *Ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona 1994.

8. *Philosophical Arguments*, cit., 228.

9. *Ética de la autenticidad*, cit., 64-65.

10. *Id.*, 93.

11. Cfr. *Philosophical Arguments*, cit., 229 y ss.

rio y más propio de la vida, aunque sea impersonal —o traspersonal— lo que se busca»¹². Hay en esta primera definición un doble aspecto. En primer lugar, la autenticidad en la conducta y en la expresión y manifestación de la persona sólo se da si la acción, la expresión y lo manifestado brotan del fondo íntimo del ser personal. Pero esto no es bastante. Se precisa, en segundo lugar, que lo que brota de alguien sea asistido voluntariamente por él en su brotar.

Autenticidad es cierta condición de los actos humanos, mediante la cual éstos están asistidos por el fondo de la intimidad personal: «hay acciones, que aun siendo indudablemente humanas, brotan de la periferia de nuestra realidad. Otras, por el contrario, emanan del fondo de la persona. Son las que reconocemos como verdaderamente nuestras, las que dan nuestra medida, las que permiten palpar nuestros límites, posibilidades, deficiencias, amenazas; en suma, saber a qué atenernos respecto a nosotros mismos... Esas acciones que emanan del centro de la persona, del “fondo insobornable” de que hablaba Ortega, que precisamente por ello no admite engaño, son aquellas en que más propiamente somos quienes somos; a condición de quitar a esta expresión “somos” todo sentido fijo y determinista»¹³.

La condición personal se manifiesta en unos actos, y en otros no: se trata de acciones, *justificadas* o no, desde el fondo de lo que uno es. El acto auténtico e intenso, el que el hombre hace «desde sí mismo, desde su unicidad irreductible, no brota de ningún impulso externo, o de un mecanismo psíquico, sino de una motivación en que interviene la totalidad de la persona»¹⁴. En suma, *lo auténtico es lo personal*, lo que nace de dentro, lo íntimamente propio, lo profundo: en la persona esto es lo propiamente verdadero, aquello que la persona realmente es. Por eso, *autenticidad significa reconocerse a uno mismo* como autor de la propia vida, reconocerse en lo que se hace y se dice, en lo que se obra y en lo que se es, en la imagen de uno mismo.

Cualquier consideración que omita esta alusión al fondo latente de la intimidad personal como fuente de la autenticidad humana es superficial y poco verdadera. Cabe objetar que no existe un criterio objetivo para discernir cuándo una manifestación íntima está asistida en su manar por la persona, y cuándo no, entre otras cosas porque el concepto «manar de la persona» es difuso, e incluso confuso. Es ésta una objeción en verdad pertinente, y a la que conviene responder.

12. J. MARÍAS, *Mapa del mundo personal*, Alianza, Madrid 1994, 185.

13. *Id.*, 119.

14. *Id.*, 178.

Para «objetivar» lo que queremos decir se puede emplear el concepto de *importancia*, equivalente a lo que Marías llama *intensidad*: importante es aquello que *se siente intensamente*. Difícilmente entenderemos *nada* de la persona si no se tiene en cuenta la afectividad, algo realmente poco «objetivo», difícilmente racionalizable, pero realísimo en nosotros. Lo importante es lo que afecta a la persona, es decir, al conjunto de lo que ella es, a sus proyectos globales, lo para ella relevante. Lo auténtico es siempre importante e intenso: un auténtico placer, un auténtico descanso o una auténtica paliza. Por eso despierta los sentimientos y los convoca.

Auténtico significa verdadero, pero en el caso de la persona lo verdadero es lo profundo, lo que nace del hontanar y está asistido por el núcleo personal, lo íntimo. Lo verdadero en la persona es sentido, es intenso e importante, realmente *serio*. La idea hobbesiana de libertad como «ausencia de impedimentos externos»¹⁵, como libertad de elección sin trabas, se torna muy pálida y superficial, porque está teñida de mera espontaneidad y «choice» expresivos de una esencia que al parecer sólo puede descifrarse *a posteriori* en sus obras: autorrealización. Pero por debajo y por encima de la elección espontánea y sin trabas (?) está el núcleo profundo de la persona, y sus aspiraciones últimas.

La importancia que algunas cosas tienen para la persona procede del hecho de que para ella esas cosas constituyen *valores*. La formación de una tabla de valores es otro modo de nombrar el conjunto de las experiencias radicales que una persona ha tenido y en las cuales se le han hecho patentes las verdades auténticamente relevantes para ella. El mundo personal está constituido por el conjunto de valores que son primeros para una persona y el conjunto de experiencias y aprendizajes mediante los cuales esos valores ocupan el puesto superior de *la jerarquía de las importancias*. *La tabla de valores y las experiencias que los avalan forman el mundo auténticamente personal*, oculto a primera vista, pero responsable de mis elecciones y preferencias. Yo asisto con mi refrendo e ilusión lo que es importante para mí, porque forma parte de mis proyectos. Lo auténtico es entonces lo que brota de ese mundo personal, que es lo que verdaderamente me importa.

La idea de «asistir» los actos desde el fondo de la intimidad personal indica en primer lugar que esos actos están acompañados por la voluntad y los sentimientos. Sin embargo, la voluntad no acompaña como mero deseo, sino como cierta efusión, cierta conciencia que-

15. T. HOBBS, *Leviathan*, Penguin, Londres 1985, ed. C.B. MacPherson; ed. española de C. Mellizo, Alianza, Madrid 1983, XIV, 64.

riente de lo ofrecido, una efusión sentida, un cierto darse, donarse o ponerse intencionadamente, un uso amoroso y creador, al que más tarde nos volveremos a referir, y para cuya comprensión es preciso apelar a la imaginación y el recuerdo de la experiencia vivida personalmente. Las personas que no tienen un mundo interior personal de experiencias y valores son inauténticas porque *no pueden* no serlo: carecen del fondo del que nace la autenticidad. Viven sólo en la periferia de sí mismos. Lo inauténtico es siempre superficial, efímero y cambiante. Lo profundo, en cambio, tiene la «denominación de origen» en su carácter personal, duradero y estable.

La autenticidad, considerada desde la persona, significa en último término saber responder a la pregunta: *¿quién soy?* Para ello es menester recorrer *el camino hacia dentro* señalado por el oráculo de Delfos. Es un camino no exento de misterio, pues el hombre topa en él con el origen inagotable de su ser personal: «vivir personalmente quiere decir entrar en últimas cuentas consigo mismo. Es la vivencia desazonada de la *infinitud finita*, de la limitación inagotable. El hombre, si es veraz, encuentra que es “poca cosa”; y al mismo tiempo descubre, con asombro y cierto espanto, que es una persona en la que se podría ahondar indefinidamente, más aún, que invita a ello, que lo reclama, y si no se hace se tiene la impresión de estar huyendo de uno mismo»¹⁶. La persona es un abismo insondable, muchas veces sólo adivinado, fuente y origen de sus actos y de su vivir, hontanar en el que éstos encuentran en último término su sentido, su renovado advenir, y crear, y desplegarse.

LA DIMENSIÓN DINÁMICA DE LA AUTENTICIDAD

Es evidente que la autenticidad puede ser entendida como coherencia entre lo que pensamos y lo que somos. En este sentido, decir una cosa y hacer la contraria es calificado habitualmente como incoherencia. El uso sofístico del lenguaje es una incoherencia, como toda forma de engaño o autoengaño. En pocas palabras: *rechazar la verdad significa inautenticidad*. Hay tantas formas de la segunda como de lo primero. Cuando la verdad no comparece en la conducta o en lo dicho, éstos son inauténticos. En este caso, la verdad es lo que realmente se piensa. Pero, insisto, desde este punto de vista la autenticidad es algo evidente y de alguna manera obvio. Por eso, conviene seguir desarrollando su conexión con la libertad.

16. J. MARIAS, *Mapa del mundo personal*, cit., 204.

El carácter biográfico de la vida reside en que las tareas y trayectorias de que se compone exigen una intervención de la libertad: se trata de hacer una elección justificada, de tener un por qué y un para qué afrontarlas. La vida está personalizada, es *de uno*, y sus tareas también, si son fruto de esa elección justificada: ¿por qué haces esto? ¿para qué lo haces? Si no lo están, son pura *mimesis*. «Lo que el hombre hace, lo hace por algo y para algo, y por eso no es posible más que mediante una constante justificación, lo que le da su condición de responsabilidad. En el “por qué” funciona el pasado; en el “para qué” aparece el futuro; pero la articulación de los dos crea una tensión interna, que es lo que da a la vida su carácter argumental»¹⁷.

La justificación de las decisiones tiene un carácter ético: «El objeto formal de la ética es la cualificación de los actos. Tal cualificación respecto a decidir es justamente un dominio sobre la decisión que, si es buena, la ratifica, y si es mala, la rectifica. La persona como dominadora de actos está en el nivel de la cualificación, porque la persona es capaz de darse cuenta del valor de la decisión, la formaliza»¹⁸. «El ejercicio decisorio no asegura la adecuación de esa decisión con la persona... Con lo que tiene que ser adecuada la decisión es con un valor ético»¹⁹.

La tabla de valores justifica las decisiones, las ratifica o rectifica. No nos interesa aquí tanto la adecuación de los actos singulares con los valores éticos, sino la existencia de un *por qué* en las decisiones. Es evidente que los proyectos y tareas que la libertad forja y asume son los que configuran la biografía, y los que, por decirlo así, deben ser auténticos. La autenticidad de esos proyectos y tareas proviene de la justificación que la libertad aporte, del conjunto de motivos, aspiraciones e ilusiones que uno tenga al decidir y emprender. Si son motivos, aspiraciones e ilusiones que *realmente nos importan*, si tienen carácter personal, entonces la trayectoria emprendida puede ser auténtica. Si, por el contrario, son reflejo imitativo, plegarse a una costumbre, uso, función o rol social del que no queremos, no sabemos o no podemos prescindir, la autenticidad puede faltar en la medida en que aquello no es lo que realmente buscamos ser y hacer. Hay entonces ausencia de libertad personalmente ejercida, falta de un definido proyecto de vida.

Se puede objetar aquí que a uno puede importarle mucho algo realmente malvado. En efecto, y en tal caso estamos ante una conducta *auténticamente perversa*. La adecuación de los actos a los valores, a los bienes, da *autenticidad objetiva* a la conducta. La coherencia interna

17. *Id.*, 21.

18. L. POLO, *Curso de Ética*, Pamplona 1982, 68, *pro manuscripto*.

19. *Id.*, 69.

le da *autenticidad subjetiva*. Aquí lo que nos interesa es cómo sumar a la autenticidad objetiva, que puede ser inconsciente, rutinaria o mimética, la autenticidad subjetiva, sin la cual la primera es a la postre insuficiente, pues no es verdaderamente personal ni profunda.

La realización de los proyectos vitales son el escenario de la autenticidad. Si éstos responden al fondo de la vida, a las aspiraciones que uno verdaderamente tiene, entonces hay conexión entre lo que somos y lo que deseamos ser, y entre lo que proyectamos ser y lo que realmente llegamos a ser. Y muy ligado a ello está el éxito, el fracaso y la felicidad. Todo ser humano lleva dentro de sí la posibilidad de ser él mismo o de no serlo: «Vamos descubriendo quiénes somos a medida que hacemos o nos pasan cosas a las que decimos *sí* desde el fondo de nuestra persona y *no* desde la conveniencia o la estimación objetiva vigente o el mero gusto. Cuando ese *sí* lo decimos desde nuestro fondo último, ése es el signo de la autenticidad... Hace falta el doble *sí* simultáneo al contenido de la trayectoria y al fondo personal desde el cual se dice el primer *sí*»²⁰.

Esto quiere decir que la autenticidad debe ser considerada también en relación con el origen biográfico. En este caso se identifica con la fidelidad o coherencia respecto de los propios orígenes a lo largo del camino en el cual se realizan las pretensiones, tareas y proyectos que llenan la propia vida. Se trata ahora de coherencia con lo que uno realmente es. Salta a la vista que el por qué de mi vida está en el pasado, en el origen, en el punto de arranque desde el cual la libertad ha preferido esto y no lo otro.

La quiebra de la fidelidad sucede cuando abandonamos lo que nos gustaría ser ante el peso de lo que realmente somos, que nos lleva en una dirección opuesta y a veces contradictoria. Mucha gente no culmina sus proyectos vitales, y los ha de sustituir por otros. Esto es un fracaso íntimo que desajusta a la persona y su autoestima. Quien ha sido capaz de empezar a ser lo que siempre ha querido ser está instalado en su ideal, aunque nunca termina de alcanzarlo. Ese es el que exhala un aroma de autenticidad y de plenitud, de madurez. Inmaduro es el que tiene un desajuste entre lo que es y lo que le gustaría ser, y lo descubre demasiado tarde para evitar un cambio dramático respecto de una cosa u otra: ha calculado mal el objetivo, y no lo alcanza; ha de renunciar a él o decidirse a llegar tarde, o cambiar de ideal quizá a destiempo.

La madurez es uno de los frutos de la autenticidad: se trata de una conducta que manifiesta lo que se es por dentro, las conviccio-

nes, el modo mismo en que se vive, se cree y se ama. Y lo manifiesta sin rastro de temor, disimulo ni inseguridad, puesto que viene acompañada de una actitud interna y externa de serenidad e imperturbabilidad, nacida del orden interno, de la estabilidad, de la armonía de las distintas instancias que confluyen en el comportamiento de una persona que posee pacíficamente, desde sí misma e irradiando, una cierta y siempre relativa plenitud humana. La autenticidad se transforma entonces en algo más; es una condición global de la persona que cabría nombrar con un viejo término clásico, cuyo sentido está hoy perdido y olvidado: *kalokagathía*, compuesta de *kalós*, bello, y *agathós*, bueno, y que significa *conducta íntegramente poseída desde sí, virtud bella, admirable*. La *kalokagathía* es la *belleza virtuosa*, íntegra, digna de ser admirada²¹.

LA AUTENTICIDAD COMO IDEAL MORAL

Las consideraciones anteriores conducen inevitablemente a plantear la autenticidad como un ideal moral, como una condición que la persona debe tener y cultivar para mejorarse a sí misma, como una transparencia interior que armoniza su origen, su destino, su biografía y su libertad. En cuanto esta condición personal se puede adquirir y conservar habitualmente mediante una educación y una práctica adecuadas, se puede hablar de *la virtud de la autenticidad*, puesto que la virtud es un hábito, una excelencia y una fuerza operativa. Y las tres condiciones vienen cumplidas por la autenticidad que impregna a la persona misma.

Para entender las ideas que vienen a continuación, es preciso advertir de nuevo que se habla de una doble perspectiva moral: la del objeto y fin de los actos (que parece la consideración más clásica) y la de *la unidad de la vida, o coherencia de los actos con lo que la persona es y con el conjunto de la vida que está viviendo*. La primera perspectiva toma la calificación moral de la *cualidad* o dirección de las acciones y trayectorias. La segunda toma la calificación moral de algo muy profundo: *la autenticidad e intensidad de los actos* de una persona, la armonía de éstos con el conjunto de su vida y de lo que esa persona es, la unidad interna de esa vida, y de su consideración global.

«Sobre cada acto y sobre la vida que cada cual hace recae un juicio: está bien o está mal, se ha hecho lo mejor —se entiende, posible— o no»²². La justificación de los actos «—o falta de ella— *depen-*

21. Cfr. ARISTÓTELES, *Ética Eudemia*, 1249b 8.

22. J. MARIAS, *Tratado de lo mejor*, Alianza, Madrid 1995, 25.

de del puesto que ocupan en una trayectoria vital de la cual reciben su inteligibilidad y su cualidad. Esta es la vertiente moral del sistematismo de la vida humana, cada uno de cuyos ingredientes reobra sobre todos los demás y recibe su sentido del conjunto».

La noción de Marías de sistematismo de la vida humana expresa que la vida humana es un sistema, en el cual sólo la consideración global e interconectada de todos sus elementos es verdadera y realmente inteligible: para entender la vida de la persona hay que verla como un sistema con una estructura peculiar, ontológica y empírica al tiempo, cuyos elementos están todos interrelacionados: son las notas que definen a la persona, y la instalación de ésta en el espacio y el tiempo, con su correspondiente despliegue dinámico y proyectivo, por medio de la libertad, a partir del núcleo personal²³. La consideración abstracta o aislada de los elementos de la vida humana es irreal, desrealizada. Una persona es un ser vivo, y libre, actuante y en sí mismo uno a lo largo del tiempo. Y así ha de ser entendida.

En esa perspectiva, como ya hemos dicho, «la moralidad aparece ante todo como justificación de los actos»²⁴. La decisión «siempre requiere justificación»; «vivir es preferir, hay que tener y darse razones para hacer una cosa y no otra»; «la moralidad que pertenece intrínsecamente a la vida se refiere a los motivos, *al por qué y para qué hacemos lo que hacemos*»²⁵. «La justificación, o su ausencia, a todos los niveles, determinan el carácter moral o inmoral de cada acto, de las posibilidades descubiertas y aceptadas de cada vida, de los proyectos y su concatenación o engranaje, de la configuración total de la vida»²⁶. La condición moral que proporciona una justificación adecuada «afecta a la vida entera, y desde ella a cada uno de sus momentos, aspectos o ingredientes».

Lo que nos interesa aquí es buscar el por qué auténtico y radical de los actos. Marías lo define así: «la vida acumulada, el proyecto radical en que se consiste, son los verdaderos motivos de lo que en cada momento se hace, la clave última de su moralidad»²⁷. Si tu vida es tu obra, si es biográfica de verdad, las decisiones y trayectorias que le dan contenido se justifican dentro de un conjunto vital o sistema. En caso contrario, no está bien vivida, no es verdaderamente humana, puesto que esas decisiones o trayectorias no se integran en ese conjunto, y por tanto son inauténticas, y por tanto inmorales. Si tus de-

23. R. YEPES, *Fundamentos de Antropología*, cit., 3.2-3.6.

24. J. MARIAS, *Tratado de lo mejor*, cit., 24.

25. Id., 169 (cursiva nuestra).

26. Id., 28.

27. Id., 169.

cisiones libres no responden a lo que verdaderamente eres y quieres ser, si no las tomas tú del modo adecuado, entonces son moralmente malas, puesto que te tomas por quien no eres: estás soñando con un yo que realmente no eres tú. Esto es *una moral de la autenticidad*.

Por ejemplo, si la vida es una tarea para el hombre, no aceptarla es ya inmoral: «No tiene sentido, por la indudable existencia del mal, la descalificación de la realidad. Considerar que el temple adecuado ante ella es la náusea me parece, no sólo un error intelectual, sino una profunda inmoralidad. Desde la realidad, valiosa en sí misma y llena de posibilidades, empezando por la propia del hombre que va a hacer su vida, apoyándose en todas las instalaciones desde las que se pueden proyectar los diversos vectores, con cuidadosa selección de la cualidad y orientación de éstos, la moralidad de la vida consiste en lograr la máxima intensidad»²⁸. Y la intensidad, como se ha dicho, proviene de la profundidad e importancia que las cosas que hago tengan para mí.

Conviene, de todos modos, insistir en esa doble dimensión de la moral que ya se ha mencionado, de tal modo que a la más clásica consideración de que los actos se especifican por sus objetos se añada que también se justifican *desde la persona que los realiza*. «Por su argumento pertenece a las trayectorias una condición moral. Son los cauces a lo largo de los cuales transcurre y se articula la vida, con metas que sirven de orientación y sentido. En algunos casos concretos, las trayectorias se encaminan a algo *intrínsecamente* bueno o malo, y esto las condiciona»²⁹. Es decir, la acción humana se especifica moralmente en primer lugar por su objeto o fin. En esto no cabe confusión ni olvido.

Pero además, «es menester determinar dónde se engendran las trayectorias, en qué zona de la persona, o acaso fuera de ella —es el sentido de la tentación en sentido estricto—. Se entra en una trayectoria por motivos muy diversos... Esto establece ya una jerarquía entre las trayectorias, según su grado de autenticidad. Las hay “verdaderas”, nacidas de la persona que las sigue... Otras son superficiales, afectan a estratos periféricos o marginales de la persona, que no queda implicada en ellas desde su raíz. Algunas son directamente falsas». No todo lo que una persona haga es digno o coherente con lo que es y con quien es. No todo importa de la misma manera, no todo debe ser tomado igualmente en serio. La moral también deja espacio para el humor, para relativizar lo menos importante.

«No es fácil, pero es necesario, *ver con claridad la autenticidad* de las trayectorias, la jerarquía entre ellas y el estado o fase en que se en-

28. *Id.*, 105.

29. *Id.*, 78.

cuentran... conocer la hondura vital que les pertenece»³⁰, de tal modo que se sepa qué nos va realmente en ellas.

Por tanto puede concluirse que «la autenticidad es, además del contenido argumental, el principal factor de moralidad de las trayectorias. Las falsas desvirtúan la vida, previamente a los actos y las conductas concretos... La autenticidad o inautenticidad de las trayectorias da a una vida su moralidad o inmoralidad *global*, la que corresponde a su totalidad sistemática»³¹. Se puede decir por tanto que «*la autenticidad es un rasgo esencial de la moral*»³².

Ya se ha dicho, aunque a primera vista pueda sonar de un modo sorprendente, que *la autenticidad es intensidad*: «la moral consiste muy principalmente en la intensidad de la vida, y esto implica *la intensificación de lo humano*». «La intensidad de la vida es ya, en sí misma, una exaltación de su valor»³³. «Esa intensificación es la forma en que el hombre expresa más enérgicamente la gratitud por esa vida que le ha sido dada, en y con la cual se ha encontrado, precisamente como un *quehacer*, como algo que cada uno tiene que imaginar, proyectar y realizar. Es la aceptación real de ese don, que se presenta, al menos en principio, como algo positivo, valioso, posiblemente maravilloso. Recuérdese la parábola de los *talentos* en el Evangelio, la puesta en juego de las dotes hasta el límite de las posibilidades». *Intensidad es aprovechamiento de posibilidades*, llegar a ser lo que se puede ser desde lo que ya se es y se tiene. Esta afirmación de la vida no es dionisiaca, ni necesita de la ebriedad para ser creadora.

Una vida intensa tiene entonces una justificación general, «un acierto en cuanto al sentido de lo que es vivir». La vida intensa sólo puede serlo desde una plenitud de sentido, al menos momentáneo, y no desde la euforia. Lo contrario de la intensidad es la *vita minima*³⁴, que de por sí acaba en la desgana y el tedio, antesalas de la ebriedad y el nihilismo.

«Desde la perspectiva de la intensidad vital adquieren singular valor la generosidad, el esfuerzo, los deseos, la magnanimidad, la capacidad de interesarse por las cosas, y sobre todo por las personas. En suma, el amor, último motor de todo esto, clave de una manera de entender la vida»³⁵. La moral de la autenticidad es *megalopsychía*, grandeza de ánimo y atrevimiento, campo propio del ejercicio de la

30. *Id.*, 81 (cursiva nuestra).

31. *Id.*, 79.

32. *Id.*, 83.

33. *Id.*, 103.

34. Cfr. *Id.*, 101.

35. *Id.*, 104.

voluntad amorosa, destinada a un crecimiento irrestricto, que da la verdadera medida del ser humano. La moral de la autenticidad es vitalista en cuanto quiere y afirma la vida, y trata de intensificarla del modo más propiamente humano, que es la apertura hacia el futuro, hacia aquello que *puedo llegar a ser*.

LA VOCACIÓN COMO FUENTE DE AUTENTICIDAD

Autenticidad significa personalización. Personalizar significa dar «trato personal» a los seres con los que nos relacionamos. En el caso de las personas significa descubrirlas y tratarlas como tales, «mirar a los ojos», llegar a su núcleo y establecer con ellas una relación *interpersonal*, la actividad humana más rica e interesante que existe. En el trato con seres no humanos, personalizar significa «poner un sello personal» en lo tratado. Personalizar es lo que más atrás se llamó asistir los actos desde el fondo de la intimidad personal. «El hombre puede tratar con realidades que no son personales desde ese núcleo, poniendo en ello su fondo personal»³⁶. El *ergon* de la persona es personalizar, entendiendo *ergon* de modo clásico, como *obra propia*, en el doble sentido de resultado externo y realización de uno mismo en la propia actividad inmanente.

«Tengo en esto un interés muy personal» es una frase que indica lo que queremos decir. El trato, las acciones y las obras personalizadas, los modos de personalizar en suma, están acompañados por el amor y la creatividad, dos usos de la voluntad que se unen para alumbrar la fecundidad humana. Personalizar es *dar* de lo propio, para *humanizar* las cosas, para poner en ellas «un toque personal», sacado del núcleo íntimo sin que éste se gaste por ello, sino todo lo contrario, puesto que dar es propio de la persona, y dando ésta crece y se realiza como tal.

El factor máximamente personalizador de la propia vida es la vocación: «cuando interviene la vocación, posibilidad rigurosamente personal si las hay, el comportamiento del hombre, aun no tratando con otros hombres sino con realidades enteramente distintas, implica la personalización. El cultivador vocacional —no meramente profesional— de la ciencia, del arte en cualquiera de sus campos, de la historia, el escritor, y en algunos casos especialmente intensos el coleccionista, ponen su persona inconfundible en lo que hacen; lo convierten en asunto personal, aunque estén en soledad, y su persona rezuma y

36. J. MARIAS, *Mapa del mundo personal*, cit., 95.

se vierte sobre todo lo que tocan»³⁷. Su obra está personalizada, es expresión y realización de lo que en el fondo son.

El escenario donde la autenticidad se convierte más intensamente en un ideal moral, e incluso en algo *debido*, es *la vocación*, una noción de origen cristiano que ha sido profusamente utilizada en la filosofía existencial y la teología de este siglo. Es obligado hacer aquí algunas aclaraciones sobre ella, en la medida en que afectan a la autenticidad biográfica, que es nuestro tema.

«Hay un proyecto que constituye el argumento último de la vida: el de ser alguien determinado, un quién insustituible que nos sentimos llamados a ser»³⁸. La vocación es algo así como el proyecto global de la persona y la realización de ese proyecto: «es la vocación la que confiere unidad y unicidad a la persona»³⁹. Estas afirmaciones se parecen al ideal moderno de la autenticidad en cuanto ambos afirman que cada ser humano tiene una forma *personal*, es decir, *insustituible y única*, de vivir su propia vida. Pero las diferencias con ese ideal son al menos dos: se insiste en la vocación como elemento unificador del proyecto biográfico, y, sobre todo, aparece la idea de que ese proyecto es algo a lo cual «nos sentimos llamados» porque «es nuestro destino». Hay pues una llamada y un destino. Para aclarar estas dos diferencias, es preciso señalar algunos de los elementos antropológicos de la vocación:

1) *La vocación justifica la vida entera y sus actos*. «el núcleo más profundo de la moralidad afecta a la vocación. Ante todo, por su carácter global, que corresponde al sistema de la vida, que es lo que a última hora decide, donde encuentran justificación todos los contenidos parciales. Cada acto personal se funda en el sistematismo de la vida entera, su importancia depende de la medida en que el conjunto gravita sobre él y lo hace posible»⁴⁰. La vocación resulta ser un proyecto vital *específicamente personal*, y por tanto *capaz de justificar la totalidad de la vida* y todos los contenidos que la llenen.

La vocación no se elige, sino que se descubre y se acepta por una razón más poderosa que cualquier otra: porque es aquello *para lo cual* uno ha sido creado. La vocación es el *para qué* de la vida que a uno le ha tocado vivir. Y es un *para qué* que no se alcanza al término, sino que se cumplé ya desde el momento en que se inicia, y se sigue cumpliendo después: uno comienza a ser el que ha nacido para ser desde el momento en que descubre su vocación y reorganiza su vida tras

37. *Id.*, 97.

38. J. MARIAS, *Tratado de lo mejor*, cit., 165.

39. *Id.*, 161.

40. *Id.*

descubrirla y aceptarla. El *para qué* de su vida es desde entonces compañero habitual y constante de la persona, la vivifica e inspira desde dentro.

La vocación es el para qué de la persona, la fuente de sentido de sus acciones y de su vida toda. *Es la respuesta a la pregunta ¿quién soy?* Precisamente por eso en el proyecto global de la vocación encuentran justificación o rechazo los contenidos concretos de la vida, el conjunto de tareas, decisiones y aspiraciones que la van configurando. Cada acto concreto se inscribe en un conjunto biográfico, y ese conjunto es el que «personaliza» de un modo peculiar cada acto concreto, como después veremos.

- *En este sentido, las tareas y las aficiones son formas parciales de vocación*, actualizaciones parciales de ella, siempre que se dé en las primeras el carácter personalizado, puesto que el trabajo puede estar despersonalizado (cosa que ocurre más difícilmente con la afición).

2) *En la realización de la vocación la necesidad y el azar se combinan con la libertad*. La vocación no es impuesta, sino propuesta, «ante mi libertad originaria», pero como «la mayor parte de los contenidos de la vida son azarosos»⁴¹, la libertad debe reobrar sobre ellos, para asimilarlos al sistema que es el conjunto de la vida propia.

La libertad originaria, a la que también se puede llamar *libertad nativa* (L. Polo), es la relación constitutiva de la persona con su origen y su destino, la fuente de la propia identidad última. Desde esta perspectiva, la autenticidad significa la asunción libre del propio origen y del propio destino. Lo que sucede es que el camino desde y hasta ellos es temporal y contingente, y por tanto, son a él constitutivos los obstáculos y adversarios de la tarea de recorrerlo. La asimilación de los límites de esa tarea obliga a un constante esfuerzo y trabajo en los cuales la libertad se enfrenta con lo imprevisto y lo inseguro, de cuya superación depende alcanzar el fin buscado.

3) *La vocación es el elemento que convierte lo venidero en auténtico*: «la vocación se manifiesta en una pluralidad de “llamadas”, a diversas cosas, a lo largo de la vida; la combinación de esas llamadas con el azar define la posibilidad de las trayectorias. En este contexto vuelve a aparecer *la autenticidad*, y no ya en nuestra reacción efectiva sino en las llamadas mismas: las próximas a nosotros pero no verdaderas son las tentaciones, que por eso, por esa cercanía inexacta con nosotros mismos, son eficaces... La reacción a cada “llamada” no se hace directa y aisladamente, sino desde el sistema de la vida, que es el que acoge

41. *Id.*, 162.

o rechaza lo que pretende ser nuevo ingrediente de ella, y que a su vez modificaría el conjunto...

«Cuando se descubre que algo que nos llama es auténtico, es decir, parece encajar en un hueco preexistente, no manifiesto hasta la aparición de esa realidad con la que se contaba, se siente una impresión de “necesidad” frente a la cual, sin embargo, se conserva la libertad... responde a una forma radical de crecimiento, el que afecta a la misma realidad personal. Creo que ésta es la forma en que la vocación ingresa en el horizonte de la vida, como promesa insegura que se podrá cumplir si la persona la acepta y se moviliza hacia ella»⁴².

La tentación es una de las formas de perder la autenticidad, pues supone dejar «provisionalmente» de ser uno mismo: «La tentación, desde cerca —esto es esencial— nos aparta de lo que verdaderamente somos. Envuelve una desviación, una falsificación, pero para ser eficaz tiene que aproximarse a nuestro núcleo propio, a lo que en nosotros es más verdadero. Por esto, a la tentación le pertenece una dosis de justificación, aunque sea una justificación insuficiente»⁴³.

La excesiva importancia que la filosofía moderna ha otorgado a la elección ha malinterpretado, como ya se ha dicho, la dimensión proyectiva de la libertad, en la cual la vocación es un elemento dialógico de radical intensidad, y que presenta un doble frente: por un lado, está la *misión* o tarea cuya realización llena la vida. La filosofía moderna nos ha acostumbrado a pensar que esa tarea se la da uno a sí mismo, es decir, «yo soy un destino», por usar la expresión de Nietzsche. Esto conlleva una muy determinada concepción de la vida como obra artística en la que expreso mi realidad fontanal. Esto es otra forma de presentar el ideal moderno de la autenticidad en su versión más subjetiva. Pero «la metafísica del artista» incurre en un malentendido respecto al carácter dialógico de la persona, según el cual el reconocimiento de los demás me es necesario para conocer mi propia identidad, como ya se señaló.

Esto último es, en segundo lugar, lo que acontece de forma radical en la vocación: en ella alguien me desvela quién soy y qué estoy llamado a realizar. La vocación es *algo que se recibe de alguien*. En expresión de Polo, es un *encargo originario*. Así como los demás me permiten saber quién soy respecto de mi origen y condición, «alguien» me permite saber quién soy respecto de mi destino. *El reconocimiento de mi vocación es el descubrimiento de mi destino*, la aceptación personal de la tarea de alcanzarlo, el «sí» transformable en promesa y compromiso. Pero al mismo tiempo *el reconocimiento de mi vocación es el*

42. *Id.*, 163-164 (cursiva nuestra).

43. *Id.*, 107-108.

descubrimiento de mi última identidad, puesto que es respuesta a la pregunta ¿quién soy?

Es falso que el hombre sea su propio destino. Esto sólo puede pretenderse una vez que se ha vuelto la espalda a los demás, y una vez que uno se ha convencido de la idea, asimismo falsa, de que las oportunidades no se encuentran y se aprovechan, sino que se crean y se eligen. Afirmar que uno es su propio destino es una cierta forma de inmadurez, y desde luego una forma de autoengaño y de existencia inauténtica. El carácter dialógico de la persona y de la vida humana actúa siempre por sí mismo, independientemente de que el hombre lo reconozca o no. Nosotros conseguimos ser lo que queremos ser cuando se nos brinda la oportunidad de serlo. La mayor parte de las veces esta oportunidad tiene carácter de «don», de «regalo», de ayuda originaria que nos pone en condiciones de aceptar el reto, pero que no asegura su éxito final. Decir lo contrario es poco realista.

Asimismo, afirmar que *la vocación* es algo en lo que se *cree*, en el preciso sentido en que creer se entiende hoy, como afirmar que existe lo que en realidad no existe, significa, ni más ni menos, renunciar a la forma más alta de felicidad a la que el hombre puede aspirar: la de recibirse a uno mismo en la vocación como don encontrado. Mi mejor y genuino yo es para mí *regalo* según mi existir vocacional. ¿Por qué? Porque la radical e irreplicable novedad que yo soy, el abismo insondable y adivinado de mi intimidad, no es entonces un puro iniciarse que queda después a sus propias expensas, sino *un yo futuro, enriquecido de modo insospechado*.

Esto se ve particularmente claro si se añade que la más alta vocación humana es *el amor, interpersonal y enamorado*. En ese destino la persona cifra su proyecto de vida en *vivir a otra persona*, y ella, a su vez, corresponde recíprocamente con el mismo don. De ello resulta que *me encuentro y me vivo a mí mismo en el otro*, y él en mí. Esta vocación no se da en la metafísica del artista, pues su obra no es a su vez personal, ni corresponde. En ese sentido le es inferior. La más alta felicidad a la que el hombre puede aspirar es la de encontrarse a uno mismo con la vocación en un tú, en un don encontrado que además es otro yo, proyectado hacia él del mismo modo. Esto es, en el fondo, a lo que toda persona aspira, aunque no lo reconozca. El propio Nietzsche, que explica en *Ecce Homo* «*por qué soy un destino*», sucumbe quizá inconscientemente a esta tentación cuando añade a «la metafísica del artista» una «*metafísica de la luz*»⁴⁴ y un deseo de

44. Cfr. *Así habló Zaratrustra*, Alianza, Madrid 1992, 233: «Antes de la salida del sol»; versión original, *Also sprach Zarathustra*, edición Colli-Montinari, *Kritische Studienausgabe*, (KSA) Berlin 1980, 4; 164.

magisterio⁴⁵ que delatan de modo evidente su constitución y su destino dialógicos. Por mucho que quiera ocultarlo de una u otra manera, todo hombre cifra su vocación y su destino, y el sentido de su vida, en un tú.

4) *La vocación es la teleología personalizada*: tomadas las cosas en sentido real, la plenitud humana no es general, sino de cada quien. Cuando la descripción general de la belleza como plenitud teleológica se personaliza en cada persona singular e irrepetible, aparece la vocación, algo así como la *plenitud mía*, la que me corresponde realizar *a mí*. La vocación es entonces *la plenitud teleológica, personalizada como tarea encargada por medio de una llamada*: «es como si se encendiera una luz dentro de nosotros; es un impulso misterioso, que empuja al hombre a dedicar sus más nobles energías a una actividad que, con la práctica, llega a tomar cuerpo de oficio. Esa fuerza vital, que tiene algo de alud arrollador, es lo que otros llaman vocación. La vocación nos lleva —sin darnos cuenta— a tomar una posición en la vida, que mantendremos con ilusión y alegría, llenos de esperanza hasta el trance mismo de la muerte. Es un fenómeno que *comunica al trabajo un sentido de misión*, que ennoblece y da valor a nuestra existencia»⁴⁶.

Es evidente que la plenitud teleológica de cada persona, recibida de alguien como tarea a realizar por ella misma, en la cual se descubre la propia identidad de modo último y radical, remite a una perspectiva teísta. La vocación puede ser contemplada desde la interioridad, viendo qué significa para la persona. Pero el hecho de oírla supone un llamador, *una voz que pronuncia nuestro nombre*. Estamos ya dentro de la concepción bíblica que arranca de los libros sapienciales y proféticos: «Yo te he redimido, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío» (Isaías, 43, 2). El nombre es la cifra intransferible de la persona, y por eso pronunciarlo es *llamarla*.

La vocación es una noción antropológica poco inteligible si no se explicita la perspectiva cristiana y teológica de un Dios que crea y llama, cuida a cada hombre, y «forma el corazón de cada uno, y repara en todas sus acciones» (Salmo 33, 15). Así, la antropología ofrece unas conclusiones que pueden servir de punto de partida a un desarrollo teológico de la noción de vocación⁴⁷, en los términos específicos en los que el cristianismo ve a todos los hombres como aquellos que Dios «ha elegido antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, por el amor» (Efesios, 1, 4).

45. Cfr. *Así habló Zaratrustra*, cit., 229: «De la bienaventuranza no querida» (KSA, 161).

46. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, 9.1.1932, n.º 9 (subrayado nuestro).

47. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo y contemplación*, EUNSA, Pamplona 1986, 19.

5) *La fidelidad es la aceptación permanente y duradera* de la propia vocación: «se siente que “se ha nacido para eso”, sea para cultivar una disciplina o para amar a una mujer. Esa es la vocación que *somos*, inexorable e intransferible»⁴⁸.

La *autenticidad es fidelidad*, coherencia de las decisiones concretas con el proyecto que uno ha asumido como la vocación propia, como el ideal en el que uno llega a ser verdaderamente uno mismo: la verdad encontrada le ha encomendado una tarea que llena su vida. En la medida en que es fiel a ella, es coherente. *Autenticidad significa también fidelidad al camino elegido como propio*, poner las decisiones en relación con lo que uno es, obrar desde «nuestro fondo último». «La fidelidad consiste sobre todo en fidelidad al futuro, al proyecto originario que nos constituye», «no es continuidad con lo que he hecho, sino continuidad con lo que quería hacer y sigo queriendo, probablemente porque no lo he conseguido»⁴⁹ por haberlo hecho mal: fidelidad es también arrepentirse, regenerar lo en mí torcido respecto de mi vocación y destino.

Como es evidente, la vocación puede verse malograda: «es difícil la vida cuando se produce ese hiato entre la vocación pasada y la situación presente»⁵⁰, cuando lo que uno es no asiste lo que va haciendo, e incluso lo contradice, cuando la llamada originaria ya no resuena ni inspira las decisiones y tareas. Se encuadra aquí la reflexión sobre el fracaso y el destino de la vida humana.

El ideal moderno de la autenticidad reaparece aquí de forma nueva y repristinada: todo ser humano lleva dentro de sí la posibilidad de ser él mismo, o de no serlo, o de dejar de serlo. Pero este dilema no depende sólo ni principalmente de que se le deje elegir lo que quiera, en una espontaneidad presuntamente autorrealizadora, como una especie de método de ensayo y error aplicado a la propia vida. El dilema consiste más bien en ser o no ser fiel a la vocación propia, descubierta por medio de las oportunidades y tareas ofrecidas. ¿Hay finalidad en la vida de las personas? Si la hay, cada una tenemos una que es diferente, y es la realización de la vocación. Las personas, por encima de una finalidad común y compartida entre ellas, tienen un camino propio e intransferible, y en su realización se cifra la autenticidad de su vida. En esto coincidimos con Mill. En lo que diferimos es respecto al modo de encontrar ese camino⁵¹.

48. J. MARÍAS, *Tratado de lo mejor*, cit., 165.

49. J. MARÍAS, *La felicidad humana*, Alianza, Madrid 1988, 280.

50. *Id.*, 275.

51. Cfr. R. YEPES, *Fundamentos de Antropología*, cit., 6.3.

¿La vida humana es expresión creadora espontánea, o proyecto? Si aceptamos una antropología teleológica, hay que decir más bien lo segundo. Pero la fuerza de esta segunda respuesta reside en que la estructura de la vida humana es proyectiva, y por tanto teleológica, futuriza. La visión espontaneísta en realidad no se atiene a la estructura psicológica de la persona humana.

VOCACIÓN Y UNIDAD DE VIDA

La autenticidad como ideal moral adquiere una especial importancia en la perspectiva de la vocación, sobre todo cuando ésta compromete la totalidad de la persona, sus ideales y dimensiones profesionales, familiares, culturales, morales y religiosas. Quienes empuñan la totalidad de su vida en una tarea vocacional de este tipo se encuentran en la necesidad de justificar sus acciones principalmente desde la perspectiva de *la unidad de la vida*, puesto que todo lo que hagan ha de ser vocacionalmente vivido *desde* su proyecto global. *Su moral es entonces la moral de la autenticidad.*

Tales personas asumen el reto de injertar autenticidad en todo lo que hacen, si es que quieren darle sentido a su vocación. La autenticidad, en el momento de la acción, se convierte entonces en el problema de *cómo vivir la unidad de vida*, es decir, cómo personalizar, *desde* el proyecto vital personalmente asumido, cada una de las acciones que se llevan a cabo, cómo conseguir que haya una coherencia constantemente renovada entre el ideal al que se tiende y la realización que de él en cada momento se efectúa. Si se consigue esa unidad global, la intensidad de la vida será máxima, puesto que cada acción tiende a ser vivida vocacionalmente, y recibe entonces el refrendo creador y amoroso de la voluntad. Si esa unidad se quiebra, se omite la referencia de los actos a la unidad global en la que se integran. La propia vida deja de ser entonces un edificio armónicamente poseído, y el ideal comienza a separarse de la persona y a convertirse en una norma que constriñe desde fuera, que no se siente como algo íntimo y propio. En tales casos el nivel de autenticidad y felicidad personales comienza a descender y a agrietar lo que era una vida armónica y unitaria.

Desde esta perspectiva, la autenticidad es *la encarnación del ideal en la vocación, y de la conducta en ésta*. El problema de la infidelidad surge cuando el ideal y la vocación dejan de asistir los actos, y la persona *justifica* esa ausencia. La autenticidad como ideal vocacional consiste en el *deber* de vivir la totalidad de la vida desde uno mismo, es decir, desde la vocación a la que se ha sido llamado, si no se quiere traicionar el propio ideal. Otra cosa es que los resultados nunca estén

a la altura de lo esperado. Pero esto nunca es razón para dejar de actuar, puesto que ésa es la ley general de la vida humana. Ciertamente se trata de un ideal de alta dificultad y dignidad, puesto que se posee una vocación que abraza la totalidad de los aspectos de la vida.

La autenticidad así entendida es uno de los ideales morales más altos que cabe tener, puesto que consiste en *personalizar la vida entera desde la vocación a la que se ha sido llamado*. Josemaría Escrivá de Balaguer ha desarrollado con amplitud teórica y grandeza práctica este ideal, pues lo entendía, por experiencia vivida, como un compromiso cristiano pleno de adhesión personal. La penetración que con este enfoque se hace en los terrenos de la antropología teológica, de la espiritualidad y de la ascética es inmediata. La filosofía de la persona, o antropología, converge entonces con la interpretación cristiana del hombre, quizá porque está inspirada por ésta en algunas nociones clave, como la de persona.

* * *

El conjunto de reflexiones aquí presentadas ha pretendido extraer del término *autenticidad* la riqueza que realmente tiene. Salta a la vista que hay en él una gran cantidad de implícitos, cuyo desarrollo desde la noción de persona nos ha obligado a partir en primer lugar de la epistemología y la metafísica, para pasar después a la filosofía social y política, y basar así el ideal público del reconocimiento en una antropología de la libertad y de la biografía que conduce necesariamente a la ética, y con la que se llega después a la teología, a la espiritualidad, e incluso a la mística. Ciertamente estamos ante una noción *transversal* a todas esas disciplinas. Su explicitación cabal y completa exigiría un paralelismo mayor con la noción de *identidad personal*, que apenas ha quedado aludida. Lo expuesto podría parecerse entonces a *una consideración interdisciplinar de la autenticidad desde la radicalidad de la persona*. Una de sus ventajas es mostrar, por ejemplo, cómo ciertos pensadores españoles son poco valorados, incluso entre nosotros mismos.